

El desarrollo de la arquitectura, mis maestros y yo_ Eduardo Mangada

[Eduardo Mangada es Doctor Arquitecto y Premio Nacional de Urbanismo. Fue Consejero de Política Territorial de la Comunidad de Madrid (1983-1991). Según cuenta, con los años se va sintiendo mejor arquitecto]

Siempre es difícil, arriesgado y, en alguna medida, engañoso, escribir un texto autobiográfico. Nuestra historia no se construye sobre la memoria, sino con la remembranza que, según Enrique Tierno, es memoria maquillada. En mis primeros años como arquitecto, tuve la guía de dos grandes maestros, José Luís Romany y Francisco Sáenz de Oiza y la compañía de un entrañable amigo y socio: Carlos Ferrán.

El Poblado de Caño Roto, proyectado por Antonio Vázquez de Castro, coincide en el ámbito de una década con dos nuevos desarrollos urbanos o unidades vecinales tales como Grupo Loyola y Juan XXIII, proyectadas por Oiza, Romany, Ferrán y yo mismo¹. Tres proyectos, tres nuevos conjuntos residenciales, que rompen con el imperio del bloque aislado para recuperar la agrupación más compacta de la edificación y, sobre todo, la reinterpretación de la calle, como matriz de la nueva ordenación. *Kasbaista* en el caso de Caño Roto. *Medieval* en el Grupo Loyola. *Híbrida* (la calle penetra en el edificio) en Juan XXIII, proyecto, este último, muy influido por la cultura inglesa de la que bebíamos Ferrán y yo en fuentes como Stirling y Gowan (*Ham Common* o las viviendas en Preston), los Smithson (*Golden Lane*) y Leslie Martin y Denys Lasdun, entre otros, aderezados con un lenguaje que vino en llamarse *New Brutalism*. Ya antes los arquitectos *franquistas* habían hecho de la calle un logro en sus trazados para los nuevos, reconstruidos por Regiones Devastadas. Lo mismo puede observarse en los nuevos Poblados de Colonización, con la figura destacada de Fernández del Amo. No obstante, hay que afirmar que también el bloque abierto ha servido para desarrollos urbanos residenciales de gran calidad, como puede verse en el conjunto construido por Oiza y Romany junto a la Casa de Campo en el Batán (antes de su deterioro).

Vuelvo a mis dos maestros, Oiza y Romany. Con ellos, junto a ellos, aprendí no solo el oficio de arquitecto, sino el compromiso intelectual y ético con la disciplina y la sociedad. No está a la moda hoy, pero sigo valorando y agradeciendo la oportunidad de *entrar* de aprendiz en un estudio, a la manera renacentista, sirviendo a los maestros en tareas aparentemente humildes: delinear sus croquis; dibujar un aparejo de ladrillo o un aplacado de plaquetas de 20x20 sin partir un ladrillo por debajo del medio pie; calcular y dibujar a escala 1:10, en planta, sección y perspectiva la fontanería de un edificio o un baño; delinear y pegar tramas en los paneles para un concurso al que concurrirán los maestros; calcular una estructura para una torre de doce plantas (aún hoy temo –en mis pesadillas– que un fuerte viento pueda tumbarla); acompañarlos en las visitas a obra o en la búsqueda de paisajes y arquitecturas, guardando con reverencia sus comentarios, sus palabras. Y al final, tener la suerte de haber encontrado dos grandes y entrañables amigos, manteniendo su condición de maestros.

Rigor en el desarrollo de la disciplina. Austeridad, que no poverismo, en la concepción del edificio, en la selección de los materiales y el proceso constructivo. El objeto construido como culminación de todo un proceso del trabajo profesional y, por ello, el amor y el placer ante un detalle constructivo, tanto o más que ante una exquisita perspectiva o impactante infografía para un concurso de arquitectura (de aquí mi admiración por Glenn Murcutt). Trabajo sobre el tablero y en el tajo, unido al estudio y reflexión continuados y exigentes sobre los grandes textos que albergan las teorías más lúcidas que soportan la Arquitectura, desde Vitruvio a Zevi o Norberg-Schulz.

He guardado hasta hoy, y me sirve de guía y acicate cuando proyecto a mis 79 años, una metáfora que gustaba repetir a Oiza. Decía más o menos así: “la diferencia entre un caballo percherón y un pura sangre está, simplemente, en la PROPORCIÓN. Iguales anatómicamente, todas sus partes, patas, orejas, morro... solo los diferencia la proporción entre ellas”. ¡Que no es poco! Lo mismo ocurre con los edificios. Pueden tener el mismo tamaño, los mismos muros y ventanas, idénticos materiales, pero la diferencia entre una edificación convencional y un bello edificio, una obra de arquitectura, está en la proporción. Los muros-cortina de acero y vidrio han inundado el mundo, pero frente a la multiplicación de rascacielos o extensas sedes corporativas, emergen como edificios canónicos, ejemplares, los apartamentos junto al lago de Chicago, o el Seagram neoyorquino de Mies, superiores en todo (y sobre todos) por la proporción con que se disponen perfiles laminados y huecos vidriados. Metáfora de Oiza y admiración de Mies van der Rohe que hoy me guían y me exigen un gran esfuerzo cuando proyecto modestas viviendas sociales, idénticas todas en su programa y normativa agobiante, solo distinguidas por la austeridad y el rigor de la proporción. ¡¡Qué difícil abrir un hueco en un muro!! Difícil la forma y dimensiones de la ventana o el balcón, junto al despiece de su carpintería y, más aún, establecer la relación entre huecos y macizos y entre los propios huecos.

Los maestros me nutrieron en los inicios y me impusieron el compromiso, la unión apasionada y exigente con la Arquitectura. En gran medida soy lo que soy porque soy arquitecto y me esfuerzo en serlo cada vez que coloco un ladrillo junto o sobre otro (viene a mi retina el monumento a Rosa Luxemburgo enseñándonos como un *montón de ladrillos* puede transformarse en una emocionante arquitectura gracias, otra vez, a Mies). Construir y mantener la lectura constante (cada día más releer) desde Wittkower a Andrés Jaque. Caminar buscando y aplaudiendo sin reservas cuanta digna arquitectura encuentro en las calles de una ciudad o en los campos que atravieso en coche o en tren. Así he guardado en mi memoria imágenes y sensaciones de edificios, transformados en referentes para el ejercicio de mi profesión. Más sugerentes que referentes, propiamente dicho. Sin orden espacial ni temporal, de forma apresurada puedo nombrar el Panteón, Santa María del Naranco, la *Sainte Chapelle* junto al Sena, el Pabellón de Barcelona y la Galería Nacional en Berlín de Mies, Ronchamp, el ayuntamiento de Söyñätsalo, el cementerio de Asplund, el Templo Unitario de Wright, la mezquita de Córdoba o la catedral de Sevilla, la mezquita de Rüstem Pasha de Sinan en Estambul o la de Ibn Tulun en el Cairo, la iglesia en Marco de Canaveses de Siza, las termas de Vals de Zumthor, el vestíbulo de la torre del Banco de Bilbao de Oiza, y algunos más. Recuerdos incompletos y anárquicos que definen mejor mi biografía profesional que cualquier otro relato.

Con todo este pasado, lejano o reciente, intento proyectar y construir dignamente, con escasos medios económicos, materiales y tecnológicos. Esfuerzo en el que prima el interés por los espacios colectivos, por aquellos espacios no determinados por una función única (¿salón de los pasos perdidos?) pero con capacidad de articular y dotar de cohesión a un conjunto de viviendas o aulas, muy determinadas por las normas, las preferencias de los usuarios o el mercado. Espacios que van desde el vestíbulo al portal, al patio o a los soportales, espacios en los que la justa intervención arquitectónica encuentra aún posibilidades. Interés por la cornisa y la planta baja, por el perfil que recorta el cielo o el zócalo en que se asienta el edificio. Cómo se alza y cómo se enraíza el edificio, ya sea un plinto en la obra de Wright o Utzon, el vuelo de la Villa Saboya o el ‘alcorque’ del que emerge el Banco Bilbao de Oiza. Pero no solo este posarse, sino cómo se prolonga la planta baja más allá de la huella estricta del núcleo edificado, extendiendo sus raíces con muros, tapias, emparrados, etc. para configurar un entorno que deviene también arquitectura. Recordemos los proyectos de casas de ladrillo o de hormigón de Mies en los años veinte.

Realmente el ojo se posa en los tres o cuatro primeros metros sobre la acera o se levanta para atisbar el alero.

Cuando vuelvo a mirar la planta de Oiza en Entrevías, la magnífica de Romany en Fuencarral o la de Peña Ganchegui en Motrico, encuentro en ellas más arquitectura, a pesar de su modestia, que en nuestros proyectos de hoy para la vivienda social (protegida, se dice), seguramente más amplias, mejor equipadas y más confortables, pero mucho más vulgares, como si copiasen el modelo de casa convencional burguesa jibarizada. Salvados los muy interesantes proyectos experimentales (casi en su totalidad promovidos y sufragados generosamente por las administraciones públicas, rompiendo el corsé de ordenanzas y normativas, pero que merecen ser apoyados e incluso aplaudidos, en muchos casos), hay que reconocer una dominante vulgaridad en el proyecto residencial, solo camuflada por la superposición de chapas y policarbonatos de colores o la disposición caprichosa y banal de los huecos con muy diversos tamaños y formas. Empobrecimiento no solo debido a la pereza o el exhibicionismo del arquitecto sino al imperio de unas tipologías repetitivas demandadas por los usuarios e impuestas por los promotores y el mercado. Quizá sea el momento de volver a reclamar el *menos es más* o el, más a la moda, *más por menos*.

Unos días atrás pude asistir a la lección de Luis Fernández Galiano sobre Reem Koolhaas, uno de los arquitectos más influyentes de los últimos años, tanto más por sus libros y proyectos (*Delirious New York* y la Biblioteca de Francia) que por sus edificios. Rafael Moneo le otorga el haber *inventado* la sección libre (aprendida del Downtown Athletic Club), al igual que Mies o Le Corbusier hicieron con la planta libre. Siempre obsesionado por el gran tamaño, apuesta por el edificio icono en la ciudad, como lo demuestran la Casa de la Música en Oporto o la Biblioteca de Seattle. Quizá sea cierto que una ciudad necesita de la aparición de estos iconos para realzar su importancia en el mapa, como ocurrió con el Guggenheim en Bilbao. Yo me siento más próximo, gozo y aprendo más con los Laboratorios Médicos Richards de Kahn. Me interesan más la masa y los volúmenes tallados por la sombra que las pieles, por facetadas y refulgentes que sean. Apolo frente a Dionisio.

¹ Cabe destacar la generosidad de estos *maestros*, con una larga y brillante trayectoria, al permitir que la firma de dos recién titulados figuraran junto a la suya en proyectos tan importantes.

The development of architecture, my mentors and I_ Eduardo Mangada [Eduardo Mangada has a Doctoral Degree in Architecture and received the National Development Award. He was a Land Policy Consultant for the Community of Madrid (1983-1991). According to him, he feels like he has become a better architect over time] It is always difficult, risky and, to some extent, misleading, writing an autobiographical text. Our history is not built on memory, but with remembrance which, according to Enrique Tierno, is made up memory.

The publication in this issue of Architecture of the town of Caño Roto makes it easier for me to start these lines since it takes me back to my first years of work as an architect, guided by my two great mentors, Jose Luis Romany and Francisco Saenz de Oiza and accompanied by a dear friend and partner: Carlos Ferran.

The town of Caño Roto, designed by Antonio Vazquez de Castro, coincides in the scope of a decade with two new urban developments or housing developments, such as the Loyola Group and Juan XXIII, designed by Oiza, Romany, Ferran and myself¹. Three projects, three new residential complexes which contrast with the empire of the isolated block to recover the most compact grouping of the building and, above all, the reinterpretation of the street, as the matrix of the new planning. *Kasbaista*, in the case of Caño Roto. *Medieval*, in the Loyola Group. *Hybrid*, (the street enters the building) in Juan XXIII. The latter project being heavily influenced by the English culture which Ferran and I absorbed from sources such as Stirling and Gowan (*Ham Common* or the housing in Preston), the Smithsons (Golden Lane), Leslie Martin and Denys Lasdun, among others, garnished with a language that became known as *New Brutalism*. Even before the *Francoist* architects had made a breakthrough in streets in their designs for the new and reconstructed streets in Devastated Regions and the same can be seen in the new Colonisation villages, with the outstanding Fernandez Del Amo. However, it must be said that the open block has also served as high quality urban residential developments, as shown in the group built by Oiza and Romany next to the Country House in the Batan (before it deteriorates).

I return to my two mentors, Oiza and Romany. With them, alongside them, I not only learned the architect profession, but I also learned the intellectual and ethical commitment to the discipline and society. It is not the currently the status quo, but I still value and appreciate the opportunity of having become an apprentice in their studio, in the Renaissance character, carrying out apparently humble tasks for my mentors: drawing sketches; drawing brickwork or tile surfaces, 20x20 tiling without starting a brick under the half foot; calculating and drawing at a scale of 1:10, floor plans, sections and perspective drawings of the plumbing of a building, or a bathroom; drafting and pasting sections on the panels for contest in which my mentors were to participate; calculating a structure for a twelve-story tower (I still fear, in nightmares, that a strong wind will one day knock it down); accompany them on visits to work sites or in the search of landscapes and architecture, taking in their comments with reverence, their words. And in the end I was lucky enough to have found two great and very close friends, retaining their status as my mentors.

Rigor in the development of the discipline. Austerity, not *povero*, in the design of the building, in the selection of materials and the construction process. The object constructed as the culmination of a process of professional work and, therefore, the love and pleasure with respects a construction detail, equally or more than with respects an exquisite perspective or shocking graphics for an architectural competition (hence my admiration for Glenn Murcutt). Working on the board and on the job, together with study and continuous and demanding reflection on the great texts that house the most lucid theories that support the architecture, from Vitruvius to Zevi or Norberg-Schulz.

To this day I have saved a metaphor that Oiza used to repeat very much, which serves as my guide and as my incentive when I design, at 79 years. It said something like: "the simple difference between a Percheron and a thoroughbred is the PROPORTION. They are anatomically alike, all its members, legs, ears, nose, the only difference is the difference in proportion". Which is no small difference! The same applies to the buildings. They may have the same size, the same walls and windows, identical materials, but the difference between a conventional building and a beautiful building, a work of architecture, is in its proportion. The steel and glass curtain walls have flooded the world, but faced with the proliferation of skyscrapers or large corporate headquarters they emerge as canonical and exemplary buildings, the lakeside apartments in Chicago, or Mies Seagram in New York, superior in everything (and superior to all) because of the proportion of the rolled profiles and glazed openings. Oiza's metaphor, and my admiration of Mies van der Rohe, which guide me and demand a great effort when I design modest housing projects, all identical in their program and burdensome regulations and only differentiated by the austerity and rigor of its proportion. It is very difficult to create a wall opening! The shape and dimensions of the window or balcony are difficult, along with the carpentry breakdown and moreover, so is establishing the relationship between the hollows and solids and within the hollows themselves.

My mentors nurtured me in the beginning and they imposed upon me the commitment and the passionate and demanding union with Architecture. To a large extent, I am who I am because I am an architect and I strive to be every time I place bricks next to one another or on top of one another (I can see the Rosa Luxemburg monument, being taught how a *pile of bricks* can be transformed into an exciting architectural work, thanks again to Mies). Build and maintain constant reading (rereading every day), from Wittkower to Andrew Jaque. Walking and searching and applauding unreservedly the deserving architectural works that I find as I walk the streets of a city or in the countryside that I traverse in my car or by train. This is how I have kept in my memory images and sensations of buildings, transformed as references for the exercise of my profession. More suggestive than references, *per se*. Not in a spatial or temporal order, I can name off the top of my head the Pantheon, Santa Maria del Naranco, the *Sainte Chapelle* on the Seine, the Barcelona Pavilion and Mies' National Gallery in Berlin, the Ronchamp, the City Hall of Säynätsalo, the Asplund Cemetery, Wright's Unity Temple, the Mosque of Cordoba or the Cathedral of Seville, Sinan's Rüstem Pasha Mosque in Istanbul or the Ibn Tulun Mosque in Cairo, Siza's church in Marco de Canaveses, the thermal baths in Vals de Zumthor, Oiza's lobby of the Banco de Bilbao tower, and others. Incomplete and anarchic memories that best define my professional life than any other story.

With this distant or recent past, I attempt to design and construct with dignity, with limited economic, material and technology means. An effort that favours the interest in collective spaces, for those areas which are not determined by a single function (The Hall of Lost Steps?), but with the ability to articulate and provide cohesion to a group of houses or rooms which are largely determined by regulations, user preferences or the market. Spaces ranging from the lobby to the doorway, the courtyard or the arcade, areas where the proper architectural intervention is still possible. Interest in the cornice and the ground floor, in the profile that cuts into the sky or the base on which the building sits. How the building rises and how it is rooted, be it a plinth, as in the works of Wright or Utzon, the canopy of the Villa Savoie or the pit from which the Banco Bilbao of Oiza emerges. But not only this perch, but also how the ground floor extends beyond the strict footprint of the constructed core, extending its roots with walls, fences, trellises, etc. to configure an environment which also becomes architecture. Recall the brick or concrete housing projects of Mies in the twenties.

Actually the eye alights on the first three or four meters above the sidewalk or up to glimpse at the eaves.

When I look again at the floor plan of Oiza in Entrevias, the magnificent work of Romany in Fuencarral or that of Peña Ganchegui in Motrico, I find that it is more architecturally base, despite its modesty, than our modern social housing projects, which are certainly more spacious, better equipped and more comfortable, but much more commonplace, as if copying a minute conventional bourgeois model home. With the exception of the very interesting experimental projects (almost entirely promoted and handsomely paid for by public administrations, breaking the corset of ordinances and regulations), we must recognize a dominant vulgarity in the residential project, camouflaged only by overlapping and polycarbonate plates in colours or the capricious and banal layout of the hollows of very different sizes and shapes. Impoverishment not only due to laziness or exhibitionism of the architect but to the rule of recurring typologies demanded by users and enforced by the market. It may be time to re-claim the *less is more* or, the more fashionable, *more for less*.

A few days ago I was able to attend Luis Fernandez Galiano's lecture on Reem Koolhaas, one of the most influential architects in recent years, more so for his books and projects ("Delirious New York" and the Library of France) than for his articles. Rafael Moneo attributes the *invention* of the open area to him (learned from Downtown Athletic Club), as Mies or Le Corbusier did with the open floor. Always obsessed with large size, wagering on an iconic building in the city, as demonstrated with the House of Music in Oporto or the Library in Seattle. Perhaps it is true that a city needs these icons to appear in order to point out its importance on the map, as occurred with the Guggenheim in Bilbao. I feel much closer to and enjoy and learn more from the Richards de Kahn Medical Laboratories. I am more interested in the mass and volume sculpted by the shadows than the skin, as faceted and resplendent as it may be; Apollo against Dionysus.

¹ It is important to note the generosity of these *masters*, with their long and brilliant careers, for permitting the work of two recent graduates alongside their own on such important projects.